

JACULATORIAS.

Quàm dilecta tabernacula tua, Domine virtutum : concupiscit, et deficit anima mea in atria Domini.
Salm. 83.

¡Qué atractivos tiene vuestra celestial habitacion, ó Dios y Señor de las virtudes! no puede sufrir mi alma el ansia con que suspira por ella.

Ibi nostra fixa sint corda, ubi vera sunt gaudia. De la orac. de la Iglés.

Fijemos nuestros corazones en aquella parte donde únicamente se hallan los verdaderos gustos.

PROPOSITOS.

1. Asombro es que teniendo fe tomemos tanto gusto á los bienes perecederos de esta vida, y nos hagan tan poca fuerza los bienes eternos de la otra, sabiendo que son la herencia de los predestinados. Pero mas asombro seria, si criados y engolosinados con el gusto de estos bienes terrenos, suspirásemos por los otros que solo se gustan en el cielo. Educase á los niños en la escuela del mundo; dánseles lecciones enteramente mundanas antes que despunte en ellos la razon; apenas se les habla desde la cuna sino de lo que debieran ignorar toda la vida; no oyen alabar otra cosa que la destreza y habilidad de los que hacen fortuna, el esplendor y la magnificencia de los grandes, la opulencia y la suntuosidad de los ricos. Eternamente se trata delante de los niños de lo que fomenta el orgullo, de lo que irrita la concupiscencia, de lo que excita y anima la emulacion. ¿Oiste, cuando niño, hablar alguna vez de la vanidad é insubsistencia de los bienes criados? Y lo que has hablado hasta aqui delante de tus hijos, ¿podrá inspirarles mucha aver-

sion á estos bienes, dándoles una justa idea de lo que son? Los niños se acostumbran á aquellos alimentos con que se crián. Corrige, pues, desde hoy en adelante un descuido tan pernicioso : nunca hables delante de tus hijos de las cosas que tanto engañan al mundo, sin aplicar el debido correctivo. En su presencia no debes tratar sin gran reserva de aquellas materias que pueden fomentar la vanidad. Si los negocios ó la conversacion te obligaren á tratar de algun suceso feliz, de una nueva dignidad, de un nuevo empleo, de una brillante fortuna, nunca dejes de hacer ver las sombras de estos vanos resplandores : á lo menos siempre encontrarás en el pensamiento de la muerte un contraveneno muy oportuno. ¡Cuánto terreno perderian las pasiones, qué cristianas serian las familias, si los padres hicieran estimar el mérito y el valor de los bienes eternos!

2. Igualmente nos pueden servir la prosperidad y las adversidades para que tomemos gusto á los bienes de la otra vida, y nos disgustemos de los de ésta. Si tus bienes se adelantan y van en aumento, dite muchas veces á tí mismo : Todo es trabajar para mis herederos ; ¿y qué gozaré yo de todo esto despues de mi muerte? Si te sale mal todo cuanto emprendes en este mundo, consuélate con pensar que tu herencia te está reservada en el cielo. ¿Vives humillado, abatido y olvidado? acuérdate de cuando en cuando que eres peregrino y extranjero, y que no es mucho que no te conozcan en un país tan distante del tuyo. Piensa que en rigor no eres mas que un mero administrador de tus bienes, y que estás encargado de ese empleo, de ese puesto, por via de comision. Algunos tienen la santa costumbre de escoger un dia cada mes para hacer delante de Dios el desapropio sus bienes, despues de la comunión, á los piés de algun crucifijo, donde renuncian á la propiedad de

todo cuanto poseen , protestando delante del Señor no tener gusto ni apego á otros bienes que á los eternos.

SANTO TORIBIO, OBISPO DE ASTORGA.

Astorga, una de las ciudades mas ilustres de España en tiempo de los romanos por los privilegios civiles de capital y convento jurídico, ha sido despues mas esclarecida por la larga serie de prelaos insignes en santidad y letras que han gobernado su iglesia. Entre estos tiene un lugar muy distinguido el glorioso santo Toribio, de cuyas acciones son pocas las memorias que nos restan ; porque, ocupados los españoles en la defensa de sus hogares y de sus vidas, en las diferentes invasiones de bárbaros, cuidaron poco de conservar los pergaminos. La vida de este santo, deducida de sus mismos escritos, de la epistola de san Leon el Grande, y de un antiguo leccionario de la santa iglesia de Astorga, es como sigue :

Fué santo Toribio natural de la provincia de Galicia, feliz con el nacimiento de este grande varon, cuanto habia sido desdichada años antes con el de Prisciliano, cuya pestifera doctrina combatió nuestro santo. Ignórase el lugar de su nacimiento, y el nombre de sus padres y familia ; pero segun un breviario antiguo de la iglesia de Astorga, citado por Vivar, consta que fueron gente poderosa, abundante en bienes de fortuna. Esta circunstancia persuade que darian á Toribio una educacion correspondiente á su nacimiento ; pero se deduce con mayor claridad de las operaciones y escritos del santo. Las primeras indican una instruccion completa en los principios de la religion, y unos ardientes deseos de dilatar sus conocimientos con las

noticias auténticas del dogma y disciplina de otras iglesias, que adquirió por sus mismos ojos. La pureza de lenguaje que conservó en sus escritos, la solidez ó instruccion de las materias sagradas, y los elogios que por este motivo mereció á un papa tan santo y tan sabio como san Leon el Grande, convencen que desde los años proporcionados á los estudios mayores se ocupó el santo en las humanidades y elocuencia, perfeccionándose despues en todo género de ciencias. Siendo jóven le faltaron sus padres, quedando el santo poseedor de un pingüe patrimonio ; pero considerando que las riquezas sirven de trabas á los espíritus generosos para emplearse en la contemplacion del Ser supremo, determinó desprenderse de ellas, y hacerse pobre en lo temporal para conseguir mayores tesoros en el espiritu, segun lo aconsejó Jesucristo por estas palabras : *Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes, y sígueme.*

Así es que siendo todavía jóven, pero de edad madura por la ciencia y las virtudes, vendió todo su patrimonio y lo repartió á los pobres, bien cierto de que en su seno estaba libre de los menoscabos de la fortuna y de las asechanzas del ladron. Hecho esto, y deseando mayor instruccion que la que tenia, tanto en las materias científicas como en las costumbres de los pueblos y de las iglesias, emprendió una peregrinacion á Jerusalem. Padeció en ella muchos trabajos, molestias y sinsabores, como lo manifiesta él mismo en la carta que escribió á los obispos Idacio y Ceponio, pero todos estos trabajos quedaron suficientemente recompensados con la nueva instruccion que adquirió de las costumbres y disciplina de las iglesias. Halló en ellas un mismo modo de sentir acerca de los dogmas, y la misma disciplina en orden á excluir de su comunión á los obstinados en el error, y á admitir en su seno á los que vérdaderamente se arrepentian,

pasando por los trámites de la penitencia : así se con-
venció por sí mismo de esta unidad de doctrina que
forma uno de los caracteres de la verdadera Iglesia.

Habiendo llegado á Jerusalem , se presentó al obispo
de aquella iglesia , quien en pocas conversaciones
conoció la gran virtud y sabiduría del peregrino To-
ribio , é hizo de él toda la estimacion que su mérito
exigia. Hizole custodio en aquella iglesia de las cosas
sagradas , confiando á su cuidado el rico depósito de
las preciosas reliquias que poseia pertenecientes á la
pasion de nuestro Redentor Jesucristo. Cinco años
permaneció el santo en Jerusalem , dando cada dia nuevo
fervor á su espíritu la vista de aquellos lugares santi-
ficados con la presencia del Salvador y regados con su
preciosa sangre. Al cabo de ellos recibió aviso del
cielo por medio de un ángel , de que muy en breve
seria prostituida aquella ciudad santa por las gentes
que ignoran á Dios , profanando los templos , persi-
guiendo á los sacerdotes , y no perdonando á los sa-
grados despojos de los santos y demás reliquias. Esta
revelacion movió á santo Toribio á abandonar aquellas
tierras , y volverse á su patria ; pero al mismo tiempo
quiso con una prudencia celestial traerse consigo una
gran parte de las santas preciosidades que guardaba ,
para enriquecer á España con ellas , librandolas al
mismo tiempo de los insultos de los bárbaros. Vuelto
á nuestra Peninsula , se dirigió á su patria Galicia , en
donde comenzó á ejercitarse en tan fervorosos actos
de piedad , que no dudó el cielo aprobarlos con sus
maravillas. Una de estas se dice haber sido la cura-
cion milagrosa de una hija del rey de los Suevos , que
á la sazón ocupaban aquellas tierras. Lo mismo hizo
con otros varios enfermos de diversas enfermedades ;
por lo cual comenzó su fama á tener tal reputacion
entre los fieles , que con sus copiosas limosnas pudo
fabricar un templo , que dedicó al Salvador , y en

donde depositó para la veneracion pública las reliquias
que habia traido de Jerusalem. Por este tiempo vacó
el obispado de Astorga , no por muerte de Ditinio ,
como vulgarmente se asegura , sino de otro cuyo
nombre han oscurecido los siglos. Viendo los fieles
el mérito sobresaliente de Toribio , su zelo por la sal-
vacion de las almas , su sabiduria para conservar la
grey de Jesucristo en la pureza de la fe , su valor para
oponerse á las maquinaciones de la herejia , y última-
mente su caridad para con todos , pusieron en él los
ojos para hacerle prelado de aquella iglesia. El verda-
dero mérito siempre está acompañado de una pro-
funda humildad , y de una santa desconfianza de las
propias fuerzas ; así como los indignos siempre bus-
can con artes y pretensiones las dignidades , juzgán-
dose superiores á ellas con soberbia presuntuosa. El
humilde santo resistió cuanto pudo la carga episcopal ,
reputándola demasidamente pesada ; pero las re-
petidas instancias del pueblo le hicieron conocer
que era la voluntad de Dios que la tomase sobre sus
hombros.

Apenas fué consagrado obispo , permitió el Señor
que sufriese una de las mas sensibles persecuciones ,
para acreditar su inocencia con un portentoso milagro.
Habia en la iglesia de Astorga un diácono . llamado
Rogato , que bajo un exterior modesto ocultaba un
orgullo desmesurado. Habia sido competidor de nues-
tro santo , y resentido de que el pueblo hubiese prefe-
rido á este , volvió contra él toda su cólera , y no
contento con desacreditarle de mil maneras , le acusó
públicamente de adulterio. Supo dar tal colorido á su
calumnia , que el santo se creyó obligado á justificarse ;
porque un obispo es deudor de su fama no solamente
á sí mismo , sino al pueblo que gobierna y á quien
debe servir de modelo. En esta tribulacion acudió
santo Toribio al cielo , pidiendo con fervor y lágrimas

que justificase su inocencia; y confiado en la misericordia divina, ó mas bien inspirado por el mismo Dios, tomó el arbitrio siguiente. Fuese á la iglesia catedral un dia de grande concurso; y habiendo manifestado al pueblo con lágrimas el estado en que se hallaba su honor, volviendo á Dios los ojos, imploró sus auxilios para el buen éxito de su defensa. Hecho esto, mandó traer al altar un brasero encendido, y tomando muchas ascuas con sus manos, las envolvió en el roquete que tenia puesto, y entonando el salmo de David, que comienza: *Levántese Dios, y disipense sus enemigos*, dió vuelta á la iglesia cantando aquel largo salmo, y llevando las ascuas en el roquete, sin que este ni las manos del santo obispo padeciesen lesion alguna. Todo el pueblo vió con sus ojos que el roquete no solamente habia quedado sin daño, sino que no tenia la menor señal ni mancha del fuego que habia contenido. Quedaron todos atónitos y confusos de semejante maravilla, publicando á voz en grito la inocencia de santo Toribio y la perfidia de su maligno delator. Este recibió allí mismo del cielo todo el castigo que merecia su execrable delito; pues á semejanza de Judas confesó públicamente su maldad, y sin que esto bastase para apaciguar la ira de la divina Justicia, reventó en presencia de todos, pagando con tan lastimosa muerte los excesos á que le habia conducido su ambicion. Dió Toribio humildes gracias al cielo por haber vuelto por su fama, y sosegado su ánimo, se entregó con mas fervor al cuidado de sus ovejas y á la santificacion de su alma.

Desde que habia vuelto de Jerusalem habia advertido que la secta de Prisciliano iba brotando nuevos retoños en toda aquella provincia. Este famoso herejearca habia causado á la iglesia de España daños gravísimos, que habian obligado á tomar las mas serias providencias. Su nacimiento noble, sus opulentas

riquezas, su genio vivo y perspicaz, su persuasiva elocuencia y la severidad de sus costumbres daban recomendacion á sus errores. Aunque estos habian sido ya condenados en algunos concilios, no dejaban todavia de hacer secuaces, teniendo por patronos á muchas personas nobles, y lo que es peor á muchos pastores de la Iglesia. Lo que causaba mayores perjuicios eran ciertas escrituras apócrifas, á las cuales los herejes daban tanta autoridad como á los evangelios. Esparcianlas con sumo cuidado é interés entre los fieles, porque en ellas divulgaban al mismo tiempo sus blasfemias y errores: tales eran las actas de santo Tomé, de san Andrés, de san Juan, y el libro intitulado *Memoria de los apóstoles*, con otros varios, que por contener doctrinas vergonzosas, enseñaban con alguna reserva. Hizo esto una profunda herida en el corazon de santo Toribio, el cual, deseoso de arrancar toda la zizaña que el enemigo comun iba sembrando en el campo de la Iglesia, se preparó para combatir todos aquellos errores, impugnándolos con su celestial sabiduría. Haciendo un extracto de las doctrinas que encerraban aquellos pestilentes libros, formó una coleccion de todos sus errores, que dividió por capitulos, y rebatió victoriosamente en un commonitorio y libelo, de que hace mencion escribiendo á Idacio. Envió estas obras á dos obispos de los mas sabios y virtuosos que habia entonces en la provincia de Galicia, avisándolos al mismo tiempo de la nueva ponzoña que habia descubierto, y de lo que habia practicado para precaver de su venenosa infeccion. Este commonitorio y libelo son mencionados por Montano, obispo de Toledo, y por san Ildefonso, los cuales dan á nuestro santo los titulos honrosos de *beatísimo y religiosísimo*; añadiendo el primero, que cualquiera que lea los mencionados escritos, no solamente conocerá la sórdida herejía de Prisciliano, sino que verá

corrido el velo á sus blasfemias y errores. En el tiempo de este obispo eran comunes en España estos escritos de santo Toribio; pero en el dia carecemos de tan precioso tesoro de doctrina, restándonos únicamente lo que san Leon vertió en su admirable epístola.

Este trabajo del santo no debió producir todo el efecto que deseaba; y así, no contento con lo que habia hecho para precaver á los fieles y excitar á los obispos zelosos á que cuidasen de la pureza de la fe, determinó aplicar un remedio mas poderoso al mal que se experimentaba. Gobernaba la silla apostólica desde el año 440 el santísimo papa Leon, llamado el Grande. Contempló el santo que la sublime autoridad y grande sabiduría de este sumo pontífice podrian detener con mayor eficacia los progresos de la pestilencial herejía. Con este pensamiento le envió un diácono de su iglesia, llamado Pervinco, á quien entregó el conmonitorio y libelo que habia escrito contra los priscilianistas, y una carta para el santo Padre. Respondióle este en 21 de julio del año 447, dando muchos elogios al ardiente zelo con que abrazaba trabajos tan útiles á la verdad católica, y al esmero que como buen pastor ponía en librar las ovejas de Jesucristo del lobo carnívoros que las perseguía. Elogia igualmente el método con que habia reducido á diez y seis capitulos todos los errores del heresiarca, y la solidez y copia de doctrina con que en el libelo los rebatía. El mismo sumo pontífice los impugno uno por uno, concluyendo su carta con la intimacion de un concilio nacional, para cuyo efecto escribió á los prelados de las demás provincias, encargando á santo Toribio que notificase á todos el decreto pontificio. « Pero sí, lo que Dios no quiera (añade el santo pontífice), se ofreciesen impedimentos insuperables para el concilio general, tén-gase uno en la provincia de Galicia, y cuiden de su

congregacion los obispos, uniéndose con ellos vuestra solicitud, para de este modo poner cuanto antes remedio á tantos males.» Este encargo del sumo pontífice y las expresiones de su carta, son una prueba del gran concepto que le merecia nuestro santo, á quien trató personalmente cuando volvió de Jerusalem por Italia, como lo atestigua el rezo actual de que usa la iglesia de España.

Notificadas las letras pontificias, procuraron los padres de las cuatro provincias de España, la Cartaginense, la Bética, la Lusitania y la Tarraconense, darles el debido cumplimiento. Al efecto se juntaron en concilio nacional en Toledo, en el cual se reprodujo la regla de fe establecida en el anterior del año de 400, juzgándola suficiente remedio para los males presentes, como lo habia sido contra los errores de Prisciliano. Los obispos de Galicia, provincia dominada por los Suevos, no habiendo podido asistir á este concilio, tuvieron uno provincial en la ciudad de Braga; pero con el dolor para santo Toribio y todos los buenos católicos de no corresponder el suceso á las santas intenciones del prelado que lo habia solicitado, ni del sumo pontífice que lo habia mandado juntar. Estaba aquella provincia inundada de herejes priscilianistas, que conservaban oculto el veneno de sus errores; y esto no solamente sucedia entre las personas nobles y poderosas, sino aun entre los mismos prelados. En el año de 445, hallándose el obispo Idacio con santo Toribio en Astorga, persiguieron de comun acuerdo á esta gente pernicioso, y habiendo descubierto muchas personas, formaron autos contra ellas; y los vencidos de sus errores procuraron salvarse con la fuga á Lusitania. El prelado de Mérida, llamado Antonino, en el año de 448 descubrió á uno de estos herejes, llamado Pascencio, natural de Roma, al cual formó proceso. Santo Toribio, noticioso de

ello, envió al metropolitano de Mérida el proceso que él y el obispo Idacio habian formado contra aquellos herejes. Visto todo por Antonino, pronunció sentencia de destierro contra Pascencio, la que se ejecutó echándole de toda la Lusitania. Todas estas acciones prueban el zelo pastoral y viva solicitud de santo Toribio en purgar el campo de la Iglesia de yerbas ponzoñosas; en alimentar las ovejas que se le habian confiado con la doctrina pura del Evangelio; en poner estas á salvo contra las asechanzas y astucias del lobo carnicero; en procurar por todos los medios el adelantamiento y esplendor de la Iglesia católica; y en una palabra, en cumplir las obligaciones de un buen pastor, que, como dice Jesucristo, da su vida por sus ovejas. De este modo, cargado de virtudes y merecimientos, le llamó Dios á mejor vida para darle la corona que merecian sus trabajos. No se sabe á punto fijo ni el año en que murió, ni el sitio de su gloriosa muerte; pero se conjetura por la duracion de su pontificado, que fué de unos veinte años, haber sido uno de los dos obispos que cautivaron y maltrataron los Godos. Yase sabe que Teodorico, rey godo, vino á España contra el rey suevo Reclaro, protegido del emperador Avito; que se dió una sangrienta batalla á tres leguas de Astorga el viernes 5 de octubre de 456; que el año siguiente, al volverse el Godo vencedor á Francia, asoló la ciudad de Astorga, profanó los templos, conculcó las cosas sagradas, saqueó todas las riquezas, quitó la vida inhumanamente á muchos eclesiásticos y nobles, no perdonando su furor ni á las mujeres, ni á los viejos, ni á los niños, quemando además las casas, y llevándose muchos cautivos, entre los cuales habia dos obispos, cuyos nombres no nos dice Idacio. Es creible que uno de ellos fuese el prelado de aquella ciudad santo Toribio, el cual, á imitacion de san Agustin, pediria á Dios que le sacase de

esta vida para no ver en poder de bárbaros su iglesia y su rebaño. Pero bien sea que volviese del cautiverio, ó que despues de muerto fuese llevado su cuerpo á Astorga, esta ciudad poseyó tan rico tesoro hasta el siglo octavo, en que por causa de la invasion de los Moros fué trasladado, juntamente con las reliquias que trajo el santo de Jerusalem, al monasterio de San Martin de Liévana, que con el tiempo perdió la advocacion de San Martin, y se intituló de Santo Toribio. En este sitio permanece, haciendo Dios muchos milagros en honor de los despojos de su verdadero siervo, meuospreciador de si mismo, amador de la religion, defensor de la verdad católica, destruidor de la idolatria, confutador de los errores, singularmente de los detestables del heresiarca Prisciliano.

SANTA ENGRACIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

España, reino fértil en producciones naturales y en insignes mártires de Jesucristo, tiene dentro de sus limites la ciudad de Zaragoza, que en verdad puede decirse madre de los mártires, por los innumerables que regaron con su sangre aquel dichoso terreno, cuyos nombres ignoramos, aunque están escritos en el libro de la vida. Entre ellos es digna de memoria eterna santa Engracia, con los diez y ocho compañeros, por el memorable triunfo que consiguieron de los enemigos de la religion cristiana.

Varian los escritores en cuanto á la cuna de esta gloriosa santa: unos la hacen natural de Portugal, provincia entonces del reino de España, hija de un régulo ó regente, que la envió á desposarse en el Rosellon con un sugeto de sus circunstancias y calidad, acompañada de diez y ocho deudos suyos y

de paso por Zaragoza padecieron todos martirio, en tiempo que en aquella ciudad ejecutaba Daciano sus acostumbradas crueldades con los fieles. Otros la creen nacida en la misma ciudad con los de su comitiva. Pero como el que sea natural de Portugal ó de Zaragoza en nada rebaja la gloria de su martirio, dejando á los defensores de una y otra opinion, que abunden en su sentido, hablaremos solo de su admirable combate.

Movieron los emperadores Diocleciano y Maximiano la mas sangrienta y cruel persecucion contra la Iglesia en el principio del siglo IV; y como era su ánimo extinguir, si pudiesen, el nombre y religion cristiana, hicieron publicar sus terribles edictos en todo el imperio, mandando que en el caso de resistirse los fieles á tributar adoracion á los dioses romanos, padeciesen los mas crueles tormentos. Atropellábanse los magistrados gentiles en el cumplimiento de tan impios como injustos decretos, haciendo víctimas de su furor á los inocentes cristianos, persuadidos de ser este el servicio mayor que podian prestar á los soberanos del mundo. Quiso distinguirse en la exactitud Daciano, hombre bárbaro y cruel, enviado á España por gobernador de la provincia de Tarragona, muy proporcionado por su brutal condicion para complacer en esta parte á sus principales; y habiendo dejado en todos los pueblos por donde transitó horrosas señales de inhumanidad, se presentó en Zaragoza como una fiera para derramar copiosos arroyos de sangre de cristianos. En efecto, jamás se vió en el mundo un teatro tan horrible como el de aquella ciudad en tiempo de este tirano, habiendo hecho padecer en ella á tantos mártires, que se recibieron en los anales con el nombre de innumerables, además de los que con particularidad se leen en las actas eclesiásticas.

Puso en la mayor consternacion á toda la ciudad

y comarca la terrible carnicería que ejecutó aquel bárbaro, llegándose á horrorizar hasta los mismos paganos. Solo á Engracia no asustó la crueldad; y encendido su corazon en vivisimos deseos de derramar su sangre por amor de Jesucristo, quiso luchar con un hombre tan cruel, para darle una prueba nada equívoca del poder de la gracia. Habiendo, pues, alentado á sus diez y ocho compañeros, Marcial, Urbano, Julio, Quintiliano, Publio, Fronto, Félix, Ceciliano, Evento, Primitivo, Apodemio, Logio, Cremense y otros cuatro, cuyos nombres no escribe Prudencio, á que diesen testimonio de la fe que profesaban ante un enemigo capital del nombre cristiano, animados todos de un mismo espíritu se presentaron al tirano, y tomando Engracia la voz en nombre de la comitiva, le habló en estos términos: « ¿Porqué, juez » inícuo, desprecias al verdadero Dios y Señor que » está en los cielos, y atormentas con tanta crueldad » á los que le dan culto? ¿Porqué tú y tus emperadores perseguís por todo el mundo tan injustamente » á los cristianos, para defender á los ídolos que son » unas vanas estatuas donde habitan los demonios? »

Quedó asombrado Daciano al oír tan inesperada reprension, y todavía mas al ver el espíritu y majestad con que aquella doncella despreciaba con generosa libertad á los dioses imperiales; y aunque le ocurrió que debia usar de alguna cortesia con una dama que en el aire, compostura y gravedad parecia persona de distincion, con todo, dejándose llevar de sus brutales impetus, omitiendo toda política atencion, mandó prenderla al instante, azotarla cruelmente, y arrastrarla en seguida como blasfema por toda la ciudad, amarrada á la cola de un caballo, y acompañada de los suyos. Persuadióse que estos, aterrados á vista de aquel ignominioso castigo, desertarian de la fe por no padecer iguales

penas; pero fué tan al contrario, que mas alentados con el ejemplo de su capitana, deseaban impacientes que llegase la hora de su combate para darle pruebas de su valor.

Viendo el tirano, que de nada servia aquella invencion para intimidar á la santa comitiva, y mucho menos á Engracia, en quien crecia la constancia y fortaleza al compás de los tormentos, mudando de tono, quiso seducirla con halagos y blanduras, aconsejándola que desistiese de las necedades que adoptaban los cristianos en su religion, si queria verse libre de la muerte. Oyó la santa con horror sus falaces persuasiones; y alentada nuevamente con aquel espíritu que era el móvil de sus gloriosas acciones, le respondió: « Tú, sacrilego, enséñate á tí mismo esos » falsos dogmas, pero no á mí á quien ni tus blanduras seducen, ni tus tormentos aterran. Sabe » que soy enviada por mi Señor Jesucristo á re- » prender tus enormes delitos, de los que es preciso » que te abstengas, si temes como debes la ira de » Dios, que ya veo preparada para descargar sobre tí. »

Ofendido Daciano de la generosa libertad con que reprendió Engracia sus crueldades, bramando como un leon enfurecido, dió orden á los verdugos de que usasen con ella de los mas terribles tormentos, á fin de vengar el desprecio que habia hecho de los dioses imperiales. Acometiéronla como lobos carniceros, y dislocaron todos sus miembros á fuerza de exquisitas crueldades. Viendo el tirano la constancia de la santa, mandó que con garfios de hierro rasgasen sus delicadas carnes; y ejecutáronlo de un modo tan inhumano, que descubiertos todos los huesos se vieron sus entrañas por diferentes heridas, y aun llegaron á extraerla un pezado del hígado, segun testifica Prudencio que lo vió.

Esperaba el tirano que lanzaria algun suspiro, ó verteria alguna lágrima Engracia; pero queriendo el Señor dar á entender á los hombres que dulcifica las penas de los que padecen por su amor, hizo que sufriese la santa aquellas penas horribles con una constancia admirable, dejándose conocer en ella, que la esforzaba alguna virtud oculta sobrenatural, contra la que no podian los esfuerzos de Daciano. Llenó á todos de confusion el verla con un semblante alegre, adorando y bendiciendo al Señor en medio de aquel conjunto de tormentos, confesando hasta los mismos gentiles que no era posible tal fortaleza sin algun milagro. Apurado todo el sufrimiento de aquel bárbaro, mandó que la clavasen un clavo en la cabeza, á fin de acabar de una vez con la que tan visiblemente convencia el ningun poder de los falsos dioses. Pero como no bastase esta atrocidad para quitarla la vida, avergonzado el tirano de verse vencido por una tierna doncella, ordenó que desistiesen los verdugos de atormentarla, dejándola en aquella disposicion, á fin de que los agudos dolores de las heridas la sirviesen de mayor martirio. En este estado sobrevivió algun tiempo, segun refiere Prudencio, con admiracion de cuantos pudieron entender tan asombroso prodigio, despues de lo cual se siguió su felicisimo tránsito á la patria celestial, en el dia 16 de abril del año 303, con el de sus diez y ocho compañeros, á quienes el tirano mandó degollar despues, viéndolos constantes en la misma confesion que habia hecho su capitana Engracia.

El venerable cuerpo de nuestra santa fué sepultado por los fieles, si no con la solemnidad de un funeral público por temor de los gentiles, con la mayor veneracion y respeto, y con acompañamientos de ángeles que concurrieron á celebrar el mas glorioso triunfo de esta valerosa heroína de la religion. Despues que

gozó de paz la Iglesia, y todo el tiempo que se mantuvieron en España los Godos, se tuvieron sus reliquias en grande veneracion en la capilla subterránea, llamada de las Santas Masas, sobre la cual edificó san Braulio, obispo de Zaragoza, una iglesia en honor de santa Engracia en el año 609. Continuó este público obsequio hasta la irrupcion de los Arabes en España, en la que, temerosos los fieles de que cayese en poder de los bárbaros tan precioso tesoro, le ocultáron en el mismo templo subterráneo, donde se mantuvo incógnito cerca de siete siglos hasta el año de 1389, en el que con motivo de la reedificacion de aquel templo, se halló en la excavacion de los cimientos un sepulcro de piedra, y en él dos depósitos, uno con la inscripcion de santa Engracia, y otro con la de san Luperio. En otro sepulcro de mármol se hallaron las cabezas y huesos de los diez y ocho compañeros de la santa, cuyos huesos se vieron integros y de color de rosa, despidiendo un fragrantísimo olor.

En el año 1459, habiendo conseguido don Juan II, rey de Aragon y Navarra, la recuperacion de la vista, casi perdida, por la intercesion de la santa con el contacto del clavo que la clavaron en la cabeza, agradecido por este beneficio quiso edificar un monasterio de religiosos jerónimos, á quienes se diese su iglesia, para que en ella se interesasen en su mayor culto; pero no pudiendo ejecutarlo por sí á causa de su muerte, en cumplimiento de su voluntad lo edificó su hijo Don Fernando el Católico, y le dotó con magnificencia su biznieto Carlos V el Emperador.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Corinto, el tránsito de los santos mártires Calixto, Caricio y otros siete, que fueron anegados en el mar.

En Zaragoza en España, diez y ocho santos mártires, Optato, Luperco, Suceso, Marcial, Urbano, Julio, Quintiliano, Publio, Fronton, Félix, Ceciliano, Evencio, Primitivo, Apodemio y otros cuatro llamados Saturninos. Todos estos santos fueron juntamente atormentados y sufrieron muerte en tiempo de Daciano, gobernador de España, cuyo glorioso triunfo cantó elegantemente en verso el poeta Prudencio.

Allí mismo, santa Engracia, virgen y mártir, la cual, despues de haberle desgarrado el cuerpo, cortado un pecho, y arrancado el hígado, permaneciendo aun viva, fué encerrada en un calabozo hasta que su cuerpo llagado se acabase de pudrir.

En la misma ciudad, los santos Cayo y Cremencio, que perseverando firmes en la fe que habian confesado dos veces, merecieron participar del cáliz de Jesucristo.

Allí mismo tambien, san Lamberto, mártir.

En Palencia, sauto Toribio, obispo de Astorga, el cual, habiendo con ayuda del papa san Leon desterrado enteramente de España la herejia de Prisciliano, esclarecido en milagros descansó en paz.

En Braga en Portugal, san Fructuoso obispo.

El mismo día, San Paterno, obispo de Abranches.

En Bélgica, cerca de Valenciennes, san Druon confesor.

En Sena en Toscana, el bienaventurado Joaquin, del orden de Servitas.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente.

Exaudi, quesumus, Domine, preces nostras, quas in beati Turibii, confessoris tui atque pontificis, solemnitate deferimus; et qui tibi dignè

Oid, Señor, las súplicas que os dirigimos en la solemnidad de vuestro bienaventurado confesor y pontífice Toribio, y por los méritos é intercesion del